

EL SILENCIO Y LA SOLEDAD EN EL OJO DE VIDRIO DE MI ABUELO DE BARTOLOMEO CAMPOS DE QUEIROS

Carmen Andrea Del Pilar Velásquez Lozano
Lic. Literatura y Lengua Castellana
CAT Ibagué



Quando se habla de soledad y silencio, podemos afirmar que son dos términos que se convierten en incógnitas para el ser humano, pero a la vez hacen parte muy viva de la cotidianidad. ¿A quién no le encanta la soledad y el silencio?

¡Pues sí! A todos los seres humanos en algún instante de nuestra vida, momentos de soledad nos han llenado de los pensamientos e inspiraciones más recónditas,

también, estados de profundo silencio nos proveen de una tranquilidad inimaginable.

La soledad permite al hombre reflexionar, analizar su ambiente y pensar con mayor claridad; y el silencio le da la capacidad de internarse en los mundos ocultos del más allá logrando la facultad de mirarse a sí mismo, de mezclar silencios con olores, lugares, tiempos y pensamientos. Podemos aseverar que el silencio es un placer, una experiencia que está a disposición de cualquier ser sin importar su edad, su género, su religión, todo depende del uso que le demos. Así mismo, va de la mano con las palabras ya que estas surgen del silencio del pensamiento; simultáneamente las sensaciones y/o emociones también se crean en el silencio interior de cada uno de nosotros.

Una manera de contextualizar lo anterior y la idea principal de este texto, es citando un pasaje de la maravillosa obra de Bartolomeo Campos de Queiros, "El ojo de vidrio de mi abuelo":

(SE RECOSTABA EN la mecedora y se balanceaba despacio como si el mundo habitara en su regazo. Se mecía con suavidad para no despertar al silencio.

Guardaba una secreta ternura por el silencio. Con él aprendí que en el silencio cabe todo. El silencio descifra todos los laberintos. No existe un solo ruido que el silencio no escuche.

Muchas veces ese silencio se mezclaba con el olor del ajo que mi abuela rehogaba para el arroz, poseía el aroma del café recién colado, tenía el gusto de los sueños que mi abuela freía y cubría de azúcar y canela. Y si era por demás inmenso el silencio, en él se disipaba el perfume de las Dalias que adornaban un rincón de la sala. El silencio es esencia. Si el ojo de mi abuelo veía, era una visión en silencio.

Envuelto en el silencio, mi abuelo no necesitaba ojos. Bajaba los párpados y buscaba otras lejanías. El silencio era su pasaje para viajar. Ese sosiego se prolongaba por largas horas. Yo procuraba adivinar las tierras que mi abuelo descubría, las manos que apretaba, los océanos que cruzaba, el corazón al que se entregaba. Pero todo mi esfuerzo se tornaba pequeño delante de tantos secretos y suspiros. Entonces mi cariño abrazaba a mi abuelo sin necesitar manos. Estábamos envueltos en enmudecimiento (p.18).

Este monólogo realizado a través de una voz que se



humaniza en un niño que narra el contraste reflexivo sobre la verdad y la mentira, sobre la soledad y los poderes del silencio, permite que se vaya dibujando de una manera fantástica el personaje del abuelo con sus fortalezas y debilidades, sus ansiedades, sus nostalgias y sus más profundos secretos. Estos últimos causantes de sus tantas horas de enmudecimiento, donde dedicaba suspensamientos y momentos de soledad a la dueña de su corazón. Quizás esta personalidad fue la que inspiró al niño a describir de manera tan detallada a su abuelo y despertó en él esa capacidad de reflexionar y analizar cada una de las acciones intangibles evocadas por este ser, cada una de estas fueron descubiertas en momentos de profundo sigilo.

De igual manera describe a su abuela como la mujer abnegada, rodeada de silencios y una forzada soledad absoluta, ya que el corazón de su amado esposo estaba partido en dos y a ella le correspondía la parte desolada y fría, vivía en el ojo izquierdo del abuelo el cual no ofrecía el amor que siempre espero, de lo contrario con su ojo derecho siempre alerta, allí si aguardaba el amor. Esta mujer moraba en un hogar con total agonía, rodeada de melancolías y añoranzas, “no siempre estar cerca es estar acompañado”, sí bien, ya no había amor, quedaba la nostalgia de un tiempo en que hubo felicidad.

Es increíble como la soledad y el silencio se convierten en la armadura y a la vez en un arma de doble filo para una persona, muchas veces vivimos situaciones en las cuales no quisiéramos estar y de las cuales no podemos escapar. El comportamiento humano es a veces impredecible e incomprensible y cito “toda persona es gemela de sí misma. Hay siempre otro escondido dentro de nosotros que nos vigila en silencio” (p.12).

Es por lo anterior que la soledad y el silencio se hacen necesarios, no como virtudes absolutas si no como recursos rehabilitadores y más en estos tiempos en que nuestra mente y cuerpo se ven tan afectadas con todo lo que estamos viviendo en la actualidad, necesitamos momentos para reflexionar y autoevaluar todas nuestras acciones y el entorno más sanador es este, el de la soledad y el silencio.

Bibliografía

Bartolomeo Campos de Queiros, “El ojo de vidrio de mi abuelo”, <https://classroom.google.com/u/2/c/MjgxNjgxNjMwMjY3>

